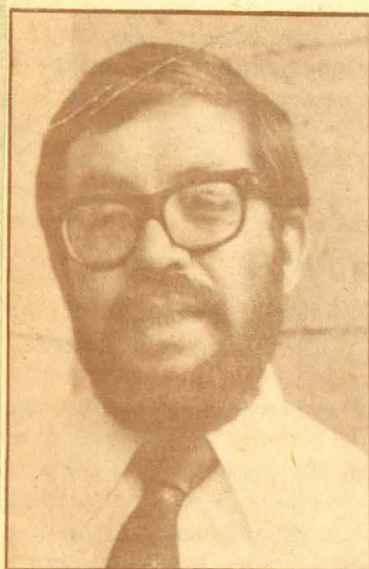


Las de don Fidel,

Mentadas De Abuela

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Este fin de semana puede ser el más caliente de esta tórrida primavera. Y no lo decimos porque hayamos conocido los pronósticos del observatorio meteorológico de Tacubaya, que tan prototípica mala fama tiene, por lo demás, en cuanto a su capacidad de acierto. Lo decimos porque el viernes se agota el plazo en algunas instituciones, como la Universidad Nacional, para que los trabajadores reciban un incremento salarial de emergencia, y si no ocurre así, se producirá una huelga, que es probable se generalice a otras casas de estudios superiores en todo el país. Asimismo, se realizará el desfile del Primero de Mayo, fecha en la que deberá estar satisfecha también la demanda

de mayor salario promovida por el Congreso del Trabajo y la Confederación de Trabajadores de México. Si no se llega a un arreglo satisfactorio con las empresas, el descontento de los asalariados se expresará durante el desfile obrero, para el cual el secretario general de la CTM, don Fidel Velázquez, ha demandado la mayor libertad de expresión. De esa suerte, puntualizó el mismo gran jefe, podrán proferirse desde agradecimientos hasta mentadas de madre.

Esta última posibilidad ha despertado expectación, y es probable que a estas alturas se estén cotizando ya asientos en las aceras en las calles por donde discurrirá la parada de trabajadores el domingo próximo, desde donde sea posible asistir al espectáculo que ofrecerán las pancartas llenas de improperios, dirigidos naturalmente al Gobierno federal, por los trabajadores. Más generalmente, las mentadas de madre de la CTM serían dirigidas al sistema, cuyas rigideces y vinculaciones con los patrones han hecho recaer el mayor peso de la crisis sobre las espaldas obreras. En consecuencia, podemos vernos el domingo ante el caso no frecuente de una colosal mentada de abuela, y a la propia abuela, ya que si los cetemistas se la refrescan al sistema, y su organización es, como es, hija del sistema, a su propia abuela estarían ofendiendo quienes de ese modo procedieran.

Por eso, por propio respeto, por admisión de una condición real, lo seguro es que no haya mentadas, y ni siquiera reclamamos ásperos de los trabajadores adheridos a la CTM, contra el Gobierno federal, pues su capacidad de mantenerse autónomos frente al régimen ha ido disminuyendo de manera notoria. Aunque en el ámbito de la retórica hubo diversos momentos recientes en que parecía que la CTM en particular y el Congreso del Trabajo en general habían recuperado márgenes de acción propios de la fuerza que les confiere su carácter de agrupamientos de masas reales, en la práctica se ha visto que no es así.

El lunes 18, por ejemplo, debió reunirse la Comisión Nacional de Salarios Mínimos, para fijar un incremento reclamado por los líderes sindicales en respuesta a exigencias de sus agremiados. Algunos de los dirigentes empresariales, como el de la Concanaco, el señor Emilio Goicochea, había anunciado su disposición para que el incremento correspondiente se fijara y pagara, toda vez que los aumentos en el precio de la leche y la gasolina, operados una semana antes hacían muy difícil esperar más. Expresado así el acuerdo entre las partes sociales, era esperable que como lo demandó el sector obrero la Comisión hiciera cuanto antes su labor. Pero no fue así. Al contrario, procediendo con todo autoritarismo, la Secretaría del Trabajo y Previsión Social se dignó cancelar, sin previo aviso, la reunión de la Comisión. Los representantes obreros y empresariales estuvieron en la oficina correspondiente

aguardando el inicio de la junta, y sólo después de transcurrido un rato se les comunicó que la reunión se efectuaría en otro momento, que no se fijó entonces. El hecho entraña algo más que una simple descortesía. Se manifestaba de ese modo que el Gobierno, estructuralmente y en esta coyuntura, puede ser no sólo árbitro sino estar por encima de las partes y someterlas, así sea en lo formal, a su propio designio, que no corresponde en este caso al interés de los trabajadores, urgidos de medidas de emergencia.

(Éstas, por lo demás, no necesariamente tienen que correr por la vía de los incrementos salariales. Hemos sostenido la conveniencia de que no se establezca la escala móvil de salarios, porque ello daría pretexto para que los precios crecieran todavía a un ritmo mayor que el observable en la actualidad, y ello con una especie de consagración. La mayor parte de los trabajadores en México no están sujetos a salarios, o no pueden litigar su cumplimiento, y quedarían inermes ante una escalada de precios cuyos ingresos no pueden igualar).

Si hasta en las formas el movimiento obrero se muestra débil, mucho más ha de serlo en la sustancia. Ya el Presidente de la República preconizó, poco después de hecha pública la demanda obrera de un incremento de emergencia, que todos los mexicanos debemos estar dispuestos a pagar una parte de las dificultades por las que atraviesa la sociedad. Al buen entendedor, estas pocas palabras le bastan. Es muy probable que ellas anuncien que, todo lo más, el aumento de doce y medio por ciento previsto para julio se anticipará dos meses, pero es difícil que su monto aumente. Y desde luego, los trabajadores afiliados a las agrupaciones laborales lo aceptarán.

El que ello ocurra obedecerá al realismo y a la conciencia clara que esos trabajadores tienen de que no hay manera de presionar en este momento por mayores salarios, pero también a causa del sometimiento, que de nuevo se ha hecho inequívoco, de esas propias grandes agrupaciones frente al Gobierno federal. Una indicación de tal hecho se observó en noviembre del año pasado. Como fin de fiesta del Gobierno de López Portillo, se le tenía preparada una huelga generalizada, a la que se emplazó también en demanda de mayores percepciones para los trabajadores. El primero de noviembre el país entero, o casi, hubiera estado paralizado si la CTM, hubiera tenido realmente el propósito de ir a la huelga si tal aumento no se pactaba con las empresas. Muy pocas de ellas pudieron comprometerse a pagarlo, y sin embargo la tan temida y boceada huelga llamada general no se efectuó.

De manera que la CTM ha vuelto al tiempo en que se proponía asustar con el petate del muerto, o ser como el enano del tapanco, amenazando siempre con las terribles penas que impondría a sus interlocutores, pero evitando mostrarse tal cual es, para evitar que del susto se pasara a la risa, provocada por las verdaderas dimensiones del oculto poseedor del vozarrón amagante. No es que las fuerzas sociales encuadradas en la CTM carezcan de importancia. Nadie podría dudar que la tienen. Pero en esta coyuntura se muestra que el aparato que las domina está más sujeto que nunca a las decisiones oficiales.

Que ello sea beneficioso para la estabilidad del país puede ser uno de los rasgos positivos del fenómeno. La capacidad de control del régimen sobre las demandas obreras a través de sus agrupaciones sindicales le permite así evitar los estallidos, o al menos el clima de tensión en que se hace todavía más difícil el manejo de la economía. Pero si ese resultado se obtiene del sometimiento, y no de la voluntad libremente asumida, entonces los daños profundos son mayores, y por consecuencia peores serán los efectos cuando éstos lleguen. No se puede, en verdad, apachurrar a una clase, que sabe de sus potencialidades, siempre en nombre de una patria que no se porta generosa con sus hijos y con la promesa de un mañana tan lejano que se asemeja cada vez más a las ofertas del Cielo para los creyentes persuadidos de que este es un valle de lágrimas y esperan la felicidad para otra vida de existencia incierta.